

# UNA VOZ PROPIA

Juan Manuel  
Casado Buendía

*Cuarenta y ocho años  
soñando en prosa,  
pensando en verso  
y estos poemas  
como testigos de la grieta.*





UNA VOZ PROPIA



Juan Manuel Casado Buendía

# UNA VOZ PROPIA



ARS  POETICA



Juan Manuel Casado Buendía

# UNA VOZ PROPIA

*Cuarenta y ocho años  
soñando en prosa,  
pensando en verso  
y estos poemas  
como testigos de la grieta.*

(1970-2018)

colección

| ARS NOVA |

ARS  POETICA  
*boutique de poesía*

*Una voz propia*  
Juan Manuel Casado Buendía

Colección: ARS NOVA  
Dirección editorial: Ilia Galán

Ilustraciones de  
Ana María García Muñoz

© 2019 Juan Manuel Casado Buendía  
© 2019 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S. L.  
[Sociedad editora]  
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC  
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)  
Tel. (Cent.): (+34) 984 300 233  
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: marzo, 2019

ISBN (edición impresa): 978-84-17691-48-6  
ISBN (edición digital): 978-84-17691-49-3  
Depósito Legal: AS 00095-2019

Impreso en España  
Impreso por Quares

*Todos los derechos reservados.*  
*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

A  
mis  
amigos,  
a mi familia.  
A las dos columnas  
que sostienen esta obra  
del templo en ruinas que soy.



# NOTAS (Y MELODÍAS) PREVIAS

por Josué Bonnín de Góngora, compositor y pianista

*Ha dejado de llover,  
ya no gotea,  
ahora solo está mojada  
la acera.*

...O primera melancolía de un poeta... de seis años.

Así comienza la andadura poética de Casado, en donde se percibe clara y distintamente que la poesía «puso huevos» –parafraseando a Lorca– en su alma desde los albores de su existencia, para posteriormente ser la luz que ilumine con una particular lírica y cosmovisión del mundo su propia existencia y enviar un mensaje de serenidad –como un horizonte lejano– a los potenciales recipiendarios de sus versos.

Bien pudiera decirse que la prestigiosa colección «Ars Nova» cuenta con un poemario escrito por algo más que un mero versificador –muy a menudo confundido con la figura del poeta–; la misma relación existe entre un artesano y un artista que con la de un versificador en relación con un poeta.

El poemario que nos ocupa es una entrega personal sin «metafisiqueos» que compliquen la universal comprensión de su lectura, pues Casado es una persona cercana y tal así sus versos repletos de imágenes, sensibilidad y lirismo al alcance de todos y no sólo de un potencial público erudito o falsamente erudito. Casado, a través de un importante recorrido lírico vital tiende la mano a todo aquel que quiera alcanzarla, con sencillez – que no con simplismo –, con alegría y, sobre todo, con una profunda honestidad de corazón.

Se puede decir, sin exageración, que son versos nacidos directamente del sentimiento, mas no obstante, trabajados también desde la forma dotando a aquellos de un singular y extraño ritmo versal y metafórico.

El poemario de Casado constituye un verdadero diario lírico desde su juventud hasta la madurez. Este orgánico crecimiento del poemario es más o menos correlativo con la actitud vital del poeta –cual camino Iniciático– donde nos deja su honda huella no pocas veces dotada de una fina ironía casi mística y en donde se puede percibir un peculiar estilo, un sello propio al integrar en sus versos hondos abismos con casi infantiles –pero muy sutiles– desplantes a la vida o hacia una determinada cosmovisión de la misma.

El poeta se busca a sí mismo en cada uno de sus versos y se encuentra en el desamparo de un silencio existencial atornador, a menudo desembocando –y esto es parte de su sello– en escenas de la vida cotidiana, en una especie de «tarde lluviosa en gris cansado, y sigue el caminar» que diría el gran Federico García Lorca.

También es característico de la poesía de Casado la rítmica interna de sus versos; no tan sólo en cuanto a la propia métrica se refiere, sino a la rítmica conceptual e imaginativa, actuando esta última como la imaginación en acto de representar o el Espíritu; diríase que recuerda aquellas imaginaciones orquestales del gran Gustav Mahler, donde su alma abrigaba las más sublimes melodías que se dan en las formas instrumentales de las maneras más variopintas y pintorescas.

Por tanto, tenemos en este nuevo poeta varios importantes hallazgos en los que reposa su sensibilidad lírica: sencillez, claridad expositiva, rítmica conceptual característica e imágenes que contrastan por expresividad aproximativa: grandes abismos inmediatos a grandes claros, como si de un ajedrezado suelo se tratara.

Casado «explica» lo claro por lo oscuro — pues en el fondo es un poeta profundamente vital — y lo oscuro por lo blanco, dotando a sus versos de una particular y matizada dinámica expresiva. En este sentido, diríase que su estilística tiende hacia el clasicismo haciendo un uso inconsciente del contraste disonancia-consonancia extrapolada a la rítmica conceptual de su poesía: no se entretiene nuestro poeta en disolver agua en agua.

Comienza el poeta buscándose en la adolescencia y juventud y buscando su propia expresión, así en esta época usa vocablos malsonantes y provocativos en una especie de rebeldía — por otra parte propia de aquellas edades — como puede leerse en «Romance nocturno»:

*Maricones, prostitutas  
¡vaya vida conllevan!*

Bien lejos de ser peyorativos, el poeta se identifica humanamente con ellos con una actitud salvífica casi religiosa:

*Pobres almas penitentes  
llenas de negra cerveza.*

Obsérvese lo dicho y el matiz de «negra» en la cerveza augurando, presagiando una redención que nunca ocurrirá: abismo negro.

Desde este poema de juventud ya se observa la tendencia al claroscuro versal del poeta y el tratamiento apodíctico del texto, como puede verse en el final:

*Mientras miro todo esto,  
mi mente gira, no piensa.  
Grito con todas mis fuerzas:  
¡más vino para esta mesa!*

Asimismo, la honda comprensión para con la vida en contraposición con la existencia es notable no sólo en este poema, sino a lo largo y ancho del poemario: un «seguir» lorquiano, a pesar de los días grises, a pesar del otoño de la vida y de la mirada vuelta a la infancia — otra característica muy personal de Casado — y es lo que, en el fondo, dota a sus versos de una gran vitalidad y amor por la Vida, más allá de la mera existencia corpórea.

La capacidad nostálgica para el amor, la difusión de sus límites poéticos, la refinada y sutil espiritualidad que brota de sus versos le hace un poeta creíble. Algo muy raro es es-

tos tiempos ególatras donde todo el mundo parece querer ser «algo increíble»... ¿para qué?!

Casado nos entrega una blanca honestidad al alcance de todos – característica machadiana– y así «piensa en el aire que dibuja sus límites» y se convierte en nube para ser sueño y *ser* en él la efímera existencia.

Otra característica personal del poeta que nos ocupa es la serenidad transversal que alcanza en todo el poemario: no se trata de una poesía agresiva o que trate de trascender y violentar la piel espiritual del lector: más bien es una poesía sutil que invita a la reflexión y a la tranquila meditación al «estilo británico».

Es poesía de tarde invernal fumando una pipa delante de una chimenea, mas no obstante no implica la exención de fortaleza de algunas imágenes: grandes y sutiles obras de arte escultórica o pictórica tras el velo del refinamiento esconden auténticas fortalezas del pensamiento o, incluso, inusitadas violencias.

Lo cotidiano y cercano está presente en la obra de Casado, así, encontramos poemas intitolados «de profesión sus labores»: mas no déjese engañar el lector por tan sencillo título, pues a menudo esconden joyitas versales de gran expresividad:

*Su vida transcurre  
en tareas minuciosas  
y en la jaula de la soledad  
pasa su condena  
sacando brillo a los barrotes.*

O la vida como una jaula de soledad elegantemente evocada mediante la imagen de «labores domésticas».

El paso de eso que llamamos tiempo y que sólo ocurre en el devenir del recuerdo es evocado constantemente en el poemario donde el poeta, en una imagen lorquiana, parece recordarse a sí mismo con una inefable nostalgia (treinta y dos):

*Mi cara en el espejo  
me parece tan ajena  
como un libro prestado.*

*Y sin embargo, soy yo.  
Soy yo.  
Yo...*

Conceptualmente, recuerda a Lorca en «Asesinado por el cielo» y «Poema doble del lago Edén» ambos de su inmortal ciclo *Poeta en Nueva York*. De este modo, Casado *está* en su infancia como en un crisol de recuerdos transverberados a través del espejo: el poeta trata de volver a encontrarse en el transcurrir del tiempo, donde intenta reconocerse al través de su lirismo.

Podríamos señalar otra característica de Casado en el uso de «lugares comunes», mas merced a su particular mirada, los redescubre dotándoles de nueva vida. Al fin y al cabo, la originalidad es cosa de puntos de vista, pues la verdadera consiste en decir lo mismo de forma diferente o investir un mismo concepto poético de diferentes formas, infundiéndole nueva savia; así encontramos en «Introducción»:

*Las diez, las once, las doce, la luna.*

*¿Quién no ha escrito poesía  
de joven con luna llena?*

Lugares comunes «descomunizados» merced a la fina estilística de Casado.

Dentro de toda esta cosmovisión poética, también podemos encontrar pequeñas gotas de rocío lírico en sus «haikus» densamente poblados de filosofía o sentimiento o gracia o ironía (El Haiku):

*Breve y potente  
el Haiku, perla oriental,  
un tuit medieval.*

Aunque no ajustados a la perfección formal del *haiku* original, sí lo hace y con maestría desde el punto de vista del contenido, respetando la filosofía constructiva de este tipo de poemas.

El poemario va acompañado de finas ilustraciones que evocan versos del poeta, nacidas del pincel de Ana María García Muñoz, ilustradora avalada por el sol de Andalucía.

El poeta es su obra y «por sus obras les conoceréis»: invito al lector después de esta breve introducción a sumergirse en la voz de Casado, un poeta que habla con voz propia.

En Benalmádena (Málaga)  
Invierno y 2019



# CUANDO NOS HABLA «UNA VOZ PROPIA»

por Iliá Galán

Hallamos el rico y sabroso silencio donde nuestra alma reverbera cuando encontramos una voz honda que se nos entrega y en su calma ver podemos los tesoros del alma, a través de las aguas de ese remanso donde los versos sus tempestades aposentan.

Así sucede, sin duda, con esta voz propia de Juan Manuel Casado, uno de esos hermosos descubrimientos que la vida nos procura. Un poeta rescatado del olvido, un poeta verdadero que vive los versos, no solo las letras, sino los versos de la vida en la literatura interior que cada cual conlleva.

Así lo dice el autor, casi medio siglo de poesía que iba guardando en hojitas, como Kafka, tal vez en una caja o entre ficheros de diversas palabras. Pero aquí no aparece la cucaracha o ningún monstruoso insecto, sino un corazón tierno que vuela entre lágrimas por cada una de sus estrofas.

Su bisabuelo ya fue poeta y librero, centro de apasionados artistas que se sumían en sus letras, allá por Huelva a finales

del decimonoveno siglo. Dos de sus hijos también serían poetas, incluso uno de ellos, Rogelio Buendía Manzano, aparece en no pocas antologías de la Generación del 27 como destacado miembro, tratando o tejiendo amistad con Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío, Salvador Dalí, Tommaso Marinetti, Fernando Pessoa o José Luis Borges, en ambiente de vanguardias escribió versos que recuerdan al de su heredero en esa línea genética:

*Mi corazón es un ciprés  
que eleva al cielo su oración,  
mi corazón dolido es  
sombra de aquel mi corazón.*

Consumado pianista y doctor en medicina, estuvo muy involucrado en la lucha contra la tuberculosis y contra la silicosis en la cuenca minera de Huelva, pero al terminar la guerra el franquismo le hizo la vida imposible y le enterró en vida. Casado en 1922 con María Luisa Muñoz Vargas («Luchy»), la hija del propietario del periódico más importante de Huelva, *La provincia*, halló una mujer de refinadísima cultura, que había ido a estudiar a un Colegio de la Universidad de Oxford, de las primeras mujeres también que entran en la Institución Libre de Enseñanza de Madrid; traductora, periodista, etc. Mujer a quien nuestro premio Nobel, Juan Ramón Jiménez, prologaría un libro de poemas y que a menudo hubo de camuflarse bajo varonil nombre para no sufrir las consecuencias de los prejuicios imperantes en aquella época.

De ella cuenta este descendiente a quien ahora prologamos, Juan Manuel Casado, hermoso y brillante suceso:

Fue una adelantada a su época y viajera incansable, recorriendo toda Europa y en muchas ocasiones sola. De uno de sus viajes surge una curiosa anécdota: estando en Alemania en los años 20, entró por error en un reservado de un café donde estaba reunido Hitler con su camarilla, haciendo que todos, sorprendidos por su entrada, callasen de repente. Así pues, podemos afirmar que mi tía abuela Luchy hizo callar a Hitler. Pocas personas pueden presumir de similar hazaña...

En el seno de tan ilustre y fascinante familia nació Manuel Buendía Manzano, abuelo materno de nuestro prologado, jurista y también amigo de poetas, de quien nacería la madre de Juan Manuel Casado, Carmen Buendía Torres, de quien dice, con hermosa deferencia y agradecida ternura:

Mujer de extrema sensibilidad, gran lectora, amante de la música y la pintura, fue quien me introdujo en el arte y quien inoculó en mí esta rara enfermedad que contra toda lógica y razón me empuja a escribir.

Para luego concluir, firme:

Se ve que las letras y la poesía me persiguen e iluminan a través de tres siglos. Presentes en mi familia a lo largo de generaciones, han vuelto a nacer al mundo saliendo de mi pecho como la aurora de un sol que surge por oriente, frutos de un árbol del que apenas soy una nueva rama de genio distraído.

Si hacemos cuenta aquí, antes de hablar de sus versos, de todo lo que él mismo con gran gracia cuenta, no es solo para ver su raigambre, sino porque se demuestra de nuevo que donde hay raíz de cultura y sabiduría brota en un lado u otro el vástago de un nuevo árbol que con su hermosa fronda de sensibilidad cobijarnos puede entre los frutos del saber que, así, quedan a nuestro alcance.

El recorrido de este libro es a la vez biográfico y cronológico; en realidad, podríamos hablar sobre estas estrofas como de unos diarios líricos que desnudan al autor, nos muestran su intimidad, sus sensaciones, su alma a través de los versos. Ya al comienzo habla de esos:

*Versos de juventud,  
olvidados,  
que vuelven  
fuertes y sonoros  
para susurrarme quién soy.*

y efectivamente, los versos nos cuentan cómo fue pero también cómo es, la integridad de ese ser que camina por la vida, con sus hallazgos y decepciones, atento al misterio que llena de poesía algunos momentos de sus días.

El poeta comienza ya con un primer y breve poema escrito a los cinco o seis añitos, titulado: *Mi primera melancolía*. Recordando, con sensibilidad extrema, los *haikús* que sus antepasados hicieron:

*Ha dejado de llover,  
ya no gotea,*

*ahora solo está mojada  
la acera.*

A este poema le sigue otro que muestra sus grandes aspiraciones, ¿quién en la juventud no las tuvo y quiso ser general, héroe, princesa o genio de los genios? Así lo vemos, pero aquí es una aspiración máxima que parece de enamorado:

*SI YO PUDIERA, PUDIERA*

*Si yo pudiera, pudiera  
llegar a ese cielo tan alto  
todo cubierto de estrellas.  
Si yo pudiera, pudiera  
te cogería un lucero  
el más hermoso que hubiera.*

Y si esto sucede con once años, con quince, en su «Romance nocturno», escrito en un bar, como hacía José Hierro pero también tantos poetas bohemios, malditos o benditos, muestra su decepción precoz ante el hastío o el sinsentido de la ebriedad adolescente, arrojándose al sopor del líquido exprimido por Baco de las frutas del ensueño:

*Fría noche de botellas,  
vidrios rotos por el suelo,  
blanco vino por las venas.  
Este llanto en medianoche,*

(...)

*Mientras miro todo esto,  
mi mente gira, no piensa.*

*Grito con todas mis fuerzas:  
¡más vino para esta mesa!*

Ya muy pronto expresará, como en «Esa vocecita interior»,  
posiciones hondas ante la vida de joven escéptico:

*No es el estar  
lo que yo quiero  
ni amar en plata  
lo que deseo.*

Pero el recuerdo femenino le desasosiega, así lo dice «Te-  
resa», ya con diecisiete años:

*Mezclo los sueños  
con la cerveza  
y en la divertida embriaguez  
de mis verdes brotes*

(...)

*de entre las costillas  
una flor brillante  
que aún guardo y cultivo.  
La beso y comprendo  
cuánto la amé.*

Con aires románticos acaba el beso, guardando la melanco-  
lía de la flor. Son versos sencillos, nada complejos en su forma  
estructural, ni preñados de complejas metáforas, pero llegan  
al centro del lector, a su corazón con su honda sinceridad.

Así, el joven poeta, con dieciocho años, nos muestra su  
plenitud juvenil en «Hoy, ahora» y se siente lleno de energía

— efervescencia de tantos jóvenes que se ven invencibles — y hasta con Dios se compara, tales son nuestras soberbias humanas cuando la plenitud de fuerzas y de mente nos sonríe. Pero los versos muestran que hay consciencia de que solo sucede tal en un momento, que vendrán otros menos poderosos y aun negros. Recuerda la vitalidad de Walt Whitman en sus *Hojas de hierba*:

*Este instante brevísimo  
no puede tener un final.  
Esta juventud invencible  
puede tumbar al mismísimo Dios.*

*Con cada pequeño latido  
de mi corazón  
sé que todo el mundo tiembla  
aunque apenas se pueda notar.*

(..)

*Estoy cargado  
de la energía vigorosa  
que tiene todo lo nuevo.*

*Me siento grande, poderoso y bello  
como un rayo  
que une tierra y cielo.*

*Hoy todo se ha vuelto diminuto  
sin ser ni un poco  
más pequeño que ayer.*

*Hoy todo parece inclinarse  
y abrirme camino.*

*Mañana será otro día  
y todo volverá a ser negro  
pero hoy por hoy  
yo soy el dios de este cielo.*

Ese estudiante de leyes escribe el mismo año su «Pensamiento futuro», un poema donde habla de ansias titánicas, pero descubriendo por doquier la belleza, con melancolías amorosas que resuenan de fondo:

*Algún día lograré  
aspirar con fuerza  
el vapor de las olas  
rompiendo en la tarde del sur  
y entonces comprenderé,  
arrugado y blanco,  
que nada fue crucial,  
que todo pudo ser  
otra cosa y aún así  
fue bello y glorioso  
como el recuerdo sereno  
del primer amor,  
siempre perdido.*

Nos hallamos ante un poeta español y ese mismo año se refleja con el significativo título de «Tarde de toros», con bellas imágenes, heridas por una gloria de pena preñada, tal vez triste ante el derrumbe agónico de esas fabulosas bestias:

*Y cuando la arena se tiña  
de atardecer  
el destino dirá  
quién se queda la gloria  
y quién la pena.*

«El camino», a sus diecinueve años, ya nos habla de ese joven que se siente maduro, hombre ya y, como Antonio Machado, se refleja en las veredas que ha de pasar, en este caso entre enigmas y misterios, ya consciente de cómo nos desparramos y perdemos entreteniéndonos en sus rincones, recogiendo florecillas, al contrario de lo que dicen los versos de San Juan de la Cruz cuando en su *Cántico espiritual* el alma va en busca de su Amado: «Buscando mis amores / iré por esos montes y riberas; / ni cogeré las flores / ni temeré las fieras / y pasaré los fuertes y fronteras.»

*Todo hombre  
tiene un camino que andar,  
una senda, un enigma  
de curvas y de cruces.*

*Mi camino, en esencia,  
es polvo de colores  
y en vez de andar por él  
me he parado distraído*

*a jugar con la arena.*

Joven preclaro que también declara sus normales desvíos en la edad propia del desvarío y cuando tiende uno a desparramarse en las veredas, como leemos en «Así fue», cons-

ciente de esa insania juvenil, poderosa pero descerebrada, confrontándose con la vanidad de un deseo de gloria, hallando la sabiduría de practicar las propias huellas, hermosas, como en estos versos:

*Me lie la manta a la cabeza  
para no herirme con los años  
y me lancé despreocupado  
a la estepa de la locura inabarcable,  
huyendo de las nubes de gloria.*

*Finalmente decido, sin más,  
simplemente  
ir dejando huellas en la arena  
para que el siguiente gladiador  
pueda encontrar el camino  
de su propia soledad.*

También emergen, ya recién pasada la veintena, las reflexiones que descubren cómo los cuerpos se relacionan mucho más allá de la piel y del deseo. Adoración máxima de enamorado emerge, romántico y poderoso:

*Por ti confundo  
el día con la noche  
y convierto tu cuerpo  
en mi nueva religión.*

(...)

*te diré cuánto te quiero  
y al menos en mis sueños  
ya nunca te dejaré marchar.*

Casi recuerda a Bécquer en sus ensoñaciones amorosas, como cuando evoca los mensajes que deja partir y se pierden, con la melancolía de quien las derrotas asume; así lo vemos en «Así te sueño»:

*Las cartas de amor  
que te escribo cada día  
en mi corazón  
se alejan de mí  
en botellas de náufrago  
por el mar del olvido.*

Sin embargo, ya adulto, con «treinta y dos» años, según reza el título del poema, como si escribiera en su cumpleaños, muestra la disconformidad entre el reflejo y lo que él piensa de sí mismo. La vida ha recorrido parte del camino y nos miramos a veces sin reconocernos, sea en el cuerpo, sea en lo que hemos hecho, pues los ideales para realizarnos en el futuro a veces son más nosotros que lo que hemos sido:

*Mi cara en el espejo  
me parece tan ajena  
como un libro prestado.*

Asimismo, ya con la mente hacia la cuarentena, pero todavía joven, parafrasea a Antonio Machado en «Las estaciones» con intenso aroma lírico, definiéndose con colores, belleza sencilla y brillante:

*Mi infancia es un verano en el sur,  
largo y soleado como los de antes,  
de tierra seca y trigo cortado,  
de piedras blancas en arroyos mudos,*

*de pájaros que vuelan poco  
y noches perfumadas y de estrellas.*

*Mi juventud es un otoño en Madrid,  
gris salpicado de colores,*

En «Demasiado tarde» vemos algo llamativo, pues mientras escribo estas palabras, el escritor hablar suele de su propia obra con enorme modestia, pero se muestra, sin embargo, poeta de raza, casi avergonzándose de una pulsión que aquí el lector ve por fin publicada, como bien merece y no, no es demasiado tarde para saborear sus delicias ni pasará de largo su rastro, como teme; sus versos aquí quedan impresos, tal vez incluso con lectores que podrán leerlos dentro de siglos:

*Hoy justo un año  
tejiendo este poemario.*

*Escribiendo poesía  
a mi edad  
para pasar de largo  
sin ser visto.*

*Cuarenta y siete años  
cumplidos.  
Y aquí  
cuarenta y siete corazones  
que llamo poemas.*

Nuestro poeta, ya hombre maduro, piensa que todos han sido escritores de versos, aunque no sea cierto, si bien mu-

chos lo intentaron o versos fueron sus sentimientos sin necesidad de estar escritos. Las imágenes que usa son clarividentes y añora esos tiempos de fuerza indómita que se creía titánica, como tantos nos creímos también héroes, genios, profetas... Pero luego vienen los años que sepultan nuestros sueños con realidades acabadas y contemplamos lo que quisimos ser ante lo que hemos sido, mientras la juventud parece una tempestad hermosa y fresca de la que ya parece no podemos nutrirnos. Hermosas imágenes y personificación de astros nos traen estas reflexiones en «Introducción»:

*¿Quién no ha escrito poesía  
de joven con luna llena?*

*¿Quién siendo joven y tierno  
no ha gritado el nombre amado  
para amarrarlo en el aire  
con las nubes y los vientos?*

*Yo también fui una vez fuerte  
como una vara verde,  
indomable, furioso,  
con el mundo entero  
metido en el pecho,  
el último hombre en la tierra.*

*Pero pasó la juventud,  
tormenta de verano.  
Quedó mi alma  
flotando inerte  
como nube de rocío.*

*Y ahora compruebo desarmado  
que la luna – ¡ay, traidora! –  
hace tiempo que dejó de hacerme caso.*

Del ideal se tiende a pasar a la pura materia y los años estropean nuestro don Quijote, juvenil, para ir envejeciendo como Sancho Panza, aumentando la barriga, la musculatura de los pensamientos hermosos algo perdida. Pero si eso es todo, desolador rastro de tierra quemada deja en los paisajes del alma. Así lo leemos en «Juguetes para el viento», hermoso título:

*respiramos, dormimos, comemos  
y poco más,  
eso sí:  
como si nos fuera la vida en ello.*

*Y al final de tanto y de tan poco,  
nos morimos, dejando tras nosotros  
tan solo cenizas y recuerdos,  
juguetes para el viento.*

Sin embargo, «La vida retumba» y reconoce que la cabeza tiene su revuelo, su imaginación vuela, el ideal renace aunque sufra carestías económicas y el amor le da alas nuevas:

*Mis bolsillos vacíos de nuevo  
y mi cabeza llena de pájaros.*

*Mi corazón solitario en el pecho  
como un patio bajo la lluvia.*

*Y por encima de todo  
el eco de tus pisadas  
(...)*

«La realidad» lucha, sin embargo, pese a los años, con el deseo de algo vetado, pero se reconoce como efímero sueño, tal sabiduría nos la entrega el paso lento de los años:

*Tocas, rozas con los dedos  
la fruta prohibida, jugosa,  
en altas ramas, tan lejana,  
como la justicia para el pobre.*

*(...)*

*Oyes la música  
y calma tu sed  
por poco tiempo:  
por donde vino se fue.  
(...)*

Desgarradores y certeros son sus finales versos que, como una lanza, se clavan en nuestro ímpetu de sueños:

*Al final  
la realidad no convence  
pero vence  
(...)*

Sin duda es esta una poesía existencial y no es vano hallar un título como «Existencialismo», donde se revela esa vanidad de vanidades que es todo cuanto nos agobia o atrae y no son sino quimeras, como dice el sabio profeta que entre los versos bíblicos se nos acerca, pero aquí más desolado pues,

si en el Antiguo Testamento Dios es la referencia que da sentido a las apariencias, camino hacia lo más excelso, hacia Sí mismo, aquí el poeta queda desnudo. Sin embargo, como veremos en posteriores versos, se trata de un sentido presentido en otros momentos, amorosamente vivido, gracias al cariño, y entonces ese sentido es intuitivo, bebido en cada suspiro, a veces entre niños:

*Ese anhelo de todo  
que nos arde  
como hoguera en mitad de la nieve,  
sin mayor sentido.*

Mas no crea el lector que todo vuela entre nociones eternas, que Internet asoma en algún título e incluso en «El haikú», siguiendo la moda que inició uno de sus antepasados de sangre y de poesía, Rogelio Buendía Manzano, de quien en las primeras líneas de este escrito hemos hablado, uno de los primeros introductores en España de esta forma nipona. Aquí vemos que instrumentos de las redes electrónicas, como las redes sociales y modos actuales de comunicación, así aparecen, con su riesgo tecnológico de caducidad, en atrevida alteridad:

*Breve y potente  
el Haiku, perla oriental,  
un tuit medieval.*

Pero «Al final», incluso de un modo visual, nos muestra cierta conformidad, casi sin queja, aceptando lo sucedido,

considerando que ha llegado tarde. Mas no le creemos, pues designando el nombre amado aquí queda impreso, publicado, para años venideros, centurias, tal vez milenios, si el planeta no lo destruimos o el fin del mundo no llega primero:

*Con todo lo pasado  
en toda mi vida,  
al final apenas bramo  
como el trueno que llega  
tarde*

*...lento*

*...perezoso,*

*tras un rayo,*

*que ya ni parece suyo.*

*Con el último del último  
de mis alientos  
diré tu nombre  
y con él de la mano  
me iré de este mundo...*

*a buscarte por esos aires que habitas.*

«El atasco» nos muestra como poesía de la vida, de la experiencia cotidiana, un malestar que todos vivimos, pero el poeta lo convierte en magia que trasciende la escena, cambiando la mirada ante los misterios que nos rodean en este mundo al parecer escrito con códigos secretos por un divino pensamiento:

*Llueve en la autovía.*

*Y en cada lágrima del cielo,  
habita un mundo,  
esperando, deseando  
que mi mirada lo descubra.*

Y algo emerge en esta etapa, pues parece hallar «El sentido de la vida» con fe y esperanza, pese a que no lo sienta, como a tantos nos sucediera. Cansancio ante una existencia que, a menudo, nos parece hermética, absurda, ajena en respuestas a nuestras preguntas intensas. Caos pareciera el universo, ajeno a leyes o tendencias, a fuerzas con rumbo, a explicaciones de nuestra existencia. No halla el poeta la explicación, pero se la dice el corazón, rebelde, intuyendo que hay algo más y ama y así encuentra a Dios, que brilla por un instante en su interior, deslumbrando al lector. El sueño se convierte así con voluntad de sentido en la realidad más poderosa que permite mantener su rumbo en la existencia.

*Ni pies ni cabeza,  
ni arriba ni abajo.  
Siento que no hay sentido,  
casi mejor no buscar.*

*Todo tiene su causa  
y todo es casual.  
La diferencia es una letra,  
nada más.*

*Ajeno a nuestro pulso  
el viento del azar  
es la aritmética que todo lo gobierna.  
No hay más ciencia.*

*Y al final, tras muchos años  
dejamos sin más la tierra,  
espuma batida de las olas,  
y nos convertimos en estrellas.*

*¿Eso es todo?*

*Lo rechazo.  
Me niego a vivir sin Dios.  
Me pongo del lado del amor,  
del desatino, del Hombre.*

*Veo crecer las palabras,  
tal vez vivo un sueño,  
¿seré un loco  
porque aspiro al cielo?*

*Dicen que somos  
polvo de estrellas:  
por eso siempre  
a ellas volvemos cuando soñamos.*

«Retirada del campo de batalla» parece que sucede a esa esperanza soñadora que volar hace poco nos permitiera. Aquí llega el cansancio, la pérdida que los años a todos nos procuran, ya sin pretensiones, viendo que desaparecen amigos, que el arrojo demencial pero lleno de energía de la ju-

ventud nos abandona, quedándonos como un anacoreta,  
aunque aquí sabio ser quiera:

*El vigor, la locura  
se han evaporado.*

*Ya no quiero el escenario  
y desde las sombras del palco  
me gusta observar  
y pensar que pienso.*

(...)

*Caen los amigos  
como copos de nieve  
y una mano de gigante  
me empuja discreta a la soledad.*

*Tan distante  
de la furia y el trueno  
veo turbios  
esos colores antes intensos.*

*Dentro de poco  
a mi puerta  
ya sólo llamará el viento.*

En «Siempre llego tarde» se repite un tema que es casi constante en la etapa de madurez, como alguien que sintiera hondamente cómo pierde el tren de la vida, trenes que todos una u otra vez perdemos; tremendo juicio se hace a sí mismo el poeta:

*Llegué tarde,  
llegué borracho,  
y tú ya no estabas.*

*Como un epílogo  
llegué a mi vida,  
cuando ya casi había pasado.*

*Imbécil de mí.*

*Llegaré tarde  
Incluso a mi entierro,  
pensando que da igual.  
¿Quién echa de menos a un muerto?*

Para acabar de modo violento, uniendo la hermosa imagen de la flor a la anal grosería, rabioso:

*(...)  
por más que corras  
ni el sol en la cara  
ni la flor en el culo  
te librarán de llegar tarde  
(...)*

La conciencia del paso del tiempo y el derrumbe natural de los cuerpos, de la mente, de la vida, es una constante en las últimas estrofas, como en «Saliendo del tablero»:

*Cada día, una mancha,  
un pliegue, una arruga más.*

*Cada día, un amigo,*

*un pelo, una memoria menos.*

*(...)*

El lector no puede menos que revolverse ante versos como los que siguen, donde considera que pasará por la vida sin dejar huella alguna, pero este mismo poema ha de quedar y muchos lo han de saborear, pues nombrar el temor a veces conlleva su desaparición y deja paso a cierta conformidad con vislumbres de esperanza:

*agua entre las manos.*

*Y esa es la huella  
que dejaré en este mundo:  
un caos de arenilla  
en el viento.*

*Acabaré sin pasado, vacío,  
hueco, tal vez desnudo,  
(...)*

Este libro es, sin duda, un calendario interior, como leemos cuando llega a edad madura, «47»:

*En mi cumpleaños hago balance,  
resumen, inventario  
y trato de buscar sentido:*

*Me escondo en los espejos  
esquivando las flechas mortales  
de las miradas ajenas  
(...)*

¿Pero qué mayor espejo que el que se refleja en estos versos? Y aquí las miradas ajenas leen, no como hirientes dardos, sino con miradas compasivas, ya que cada uno en la suya leemos nuestras propias vidas.

*Sí, tiré los dados  
y apuré mis copas  
y cerré mil bares  
y maté a mi padre.*

*Pero no amé bastante,  
ni cumplí bien mis deberes  
ni supe volver como Ulises,  
y seguro que mentí o cometí traición.*

Mas que tire la piedra el primero quien no pecó. Apenas nadie la tiraría, todos podíamos haber amado más y mejor, habernos mentido y mentir menos, traición es la existencia cuando su sombra se prolonga aunque sea en rincones pequeños, pero casi todos o todos, con el tiempo, algún fragmento de nuestro ser traicionamos, querámoslo o no. El poeta, sin embargo, claramente escribe para sí, mente preclara. Brillará el rescoldo, no solo por su persona hermosa, por su mirada sincera, sino también por los poemas:

*Aspiro a morir  
mereciendo algún llanto,  
deseando que en los sueños de alguien  
aún brille mi rescoldo  
en la hoguera de las pasiones recordadas.*

En «Tictac», jugando con las agujas del reloj, se pincha mirando las incongruencias de la vida, las ajenas, la nuestra. El final de cada existencia cumple con el final de su rueda, invitando al paso hacia una dimensión ajena:

*Tictac:  
El perro siguiendo algún rastro,  
durmiendo sin más se le va la vida.*

*Tictac:  
El joven atacando al poder  
sin admitir que tantísimo lo envidia.*

(...)

*Tictac:  
La muerte entrando en mi casa,  
exigente invitada que reclama compañía.*

La vida cotidiana, sus penas y sus mayores alegrías, emerge sin monsergas, como en «Otra noche en vela», donde las angustias campan entre las brumas de sus cejas que parece le ciegan, pero no por ello cesa de escribir el poeta, jugando, irónico, histriónico, divertido, con su sombra sin sueño:

*¿Por qué invades y pisoteas  
el campo de girasoles  
de mis sueños y esperanzas?*

*Sin compasión alguna  
me desvelas  
y me pongo a escribir poesía,*

*pero no pretendas ser musa  
que viene porque la busco.*

*Hazme un favor:  
quédate lejos,  
finge que no me quieres,  
que te soy indiferente.  
Y si te preguntan  
di que ya no recuerdas  
el camino hasta mi casa.*

*(...)*

*Rezo y grito:  
vuelve a tu hogar  
y deja para siempre el mío,  
¡oh, Insomnio!*

No solo la poesía cómica también tenía lugar en estas páginas, también hay fulguraciones políticas, con hermoso rastro de tragedia, como leemos en «El procés»:

*Como en un cuadro de Goya  
enterrados hasta la cintura  
en un lodazal de prejuicios  
España y Cataluña  
dialogan  
golpeando con palos sus cabezas.*

*Vestidos con la patria  
pero desnudos de razón  
todos opinan con vehemencia  
en este Sálvame Deluxe.*

Por eso es posible hallar aquí más de un «Poderoso instante», con tonos de ensoñaciones propios del prólogo de las *Rimas* becquerianas o de historias de quimeras:

*Cruzas conmigo la calle  
y floto con solo darte la mano.*

(...)

*Dejas tu mirada sincera sobre mí  
y ya nada puede vencernos.*

*Te pregunto la hora  
y me das sonrisa y corazón.*

Mas la mirada a un lado no deja la mirada hacia atrás, de cuando en cuando, como cuando leemos «No recuerdo», en donde juega con los juegos: contrición ecologista se destila y la juventud pasa como una centella. Duro, el poeta, contra sí mismo, resalta los errores y apenas hace caso a los brillos que tienen las monedas ganadas entre sus días. Se siente en un pozo, pero, ¿acaso no vuela a través de los versos?:

*Tuve una infancia de juegos infinitos  
y costra en las rodillas,  
de estirar el brazo hacia las nubes  
y descubrir cada día un nuevo mundo  
malogrando algún insecto.  
Sé que he vivido mil noches plenas  
de juventud y fuego  
pero en mi mente apenas  
queda un vano recuerdo.*

(...)

*Mis errores de algún modo  
resuenan como un eco  
y mis aciertos brillan como estrellas  
en el cielo de otro hemisferio.*

*He vivido tanto y tan intenso  
que intentar volver atrás en mi memoria  
es contar las estrellas  
desde el fondo de un pozo.*

Afortunadamente, este existencial pesimismo es compensado con el futuro que acaricia en las generaciones venideras, con ternura que nos llega, con ironía certera, sobre el papel real de los que crían criaturas nuevas, así lo leemos en «Los hijos»:

*Un torbellino resuena en la casa  
y se sienta en mi regazo,  
una risa que no atiende a razones.*

(...)

*La duda cartesiana  
es un pensamiento de aficionado  
cuando cambias a un bebé.  
De repente  
soy un siervo de la gleba  
para este minúsculo tirano,  
que implacable reclama mi presencia  
como Dios en el juicio final.*

Como un mago nos arroja luego los versos de «Venga», en la nostalgia de lo perdido, de la inocencia que resuena:

*Y al final de cada día  
mirarnos las manos vacías  
y oír las olas donde bañábamos  
nuestra infancia en verano.*

El final del libro de un hombre y poeta maduro resuena, sin embargo, con risas de niños, aunque sea como un dolorido eco, como en «La infancia lejana»:

*El pasado se aleja  
en el retrovisor del coche  
y veo un valle gigantesco  
con nubes escocesas rozando los altos,  
agua, matorrales y flores  
que fingen indiferencia  
ante mi corazón en llamas.*

Y la muerte también duele entre los versos, como en «El duelo»:

*Cuando tu corazón  
es un paisaje arrasado  
por los caballos de la muerte  
que se llevan al ser querido.*

*Cuando el dolor es toda tu ropa  
y la pena invade cada instante.  
Cuando el mundo cae  
en el final... del fondo... de un pozo...*

Pero ese pozo negro donde se encierra nuestro bardo, a veces le deja salir para azotar los vicios de su tierra, poesía de crítica social, como cuando ataca a esos administrativos perezosos, poniendo los versos en su boca de bostezo, así lo leemos en «Ese funcionario, a veces»:

*Si yo estoy amargado,  
que el mundo reviente.  
Me encanta ser parte  
de esta mesa que nos separa.*

*Llevad vuestras miserias  
al mercado negro  
de las emociones  
(...)*

*No quiero preocuparme,  
no quiero amar a un extraño,  
ni sentir compasión o ternura.  
Elijo ser un moho.  
(...)*

*soy poco más  
que una bacteria con corbata.*

*Saqué mi plaza  
para esconder mi alma.*

Mas la melancolía lo arrojará de nuevo a textos más heridos, como el de un «Sueño efímero», y más todavía en «La vida en dos puntos»:

*Con la vida ya bebida,  
mi corona de canas:  
el recuerdo de un imperio.*

No solo el paso del tiempo, como en la poesía metafísica y honda de Quevedo leemos, sino también la que hace incursión en la antropología, la que habla de nuestras más hondas carencias y del anhelo que todo hombre desea y espera, así lo vemos en «Pobres de amor»:

*En la vida nadie encuentra  
el cariño  
que necesitamos como el aire.*

*El sueño cumplido  
del cuerpo deseado,  
tal vez.*

*La vida de gloria,  
la victoria fugaz sobre el mundo,  
quizá.*

*Hasta el mismo emperador recibe  
el abrazo sincero e infinito  
solo como limosna.*

No hay canto triunfal, sino queja incluso ante la libertad recibida, ante el don de la vida, que siente como una condena. Tal vez el poemario se explique en las brillantes estrofas que siguen, gracias a esa grieta, a esta profunda herida, como vemos con «No logré la vida que soñaba»:

*No logré  
la vida que soñaba.*

*No alcancé mis metas.  
No cumplí mis deseos.  
No venció mi voluntad.  
No soy quien quise ser.*

*Condenado por el Eterno  
a la existencia  
sólo recibí el arma rota  
de la libertad.*

*Así mis sueños  
se fueron pronto, volando,  
a ese reino lejano  
de donde vienen los niños.*

Si la progresión en la madurez es tan dolorosa, dejándose en jirones el alma entre los espinos de la existencia, no es extraño que vuelva la mirada hacia la juventud perdida, renovándose cuando el amor rememora, moviéndose en las olas que sus propios remos provocan en la laguna Estigia, la misma que tantas veces reinterpreta, como en «Vida»:

«Vida es ser joven y no más» - Vicente Aleixandre

*Vida es ser joven y no más.  
El resto es sobrevivir  
a la destrucción y la espera.  
Vida es fundirte en el amor.  
El resto es dormir  
en la butaca del teatro.*

*Vida es perderse en el movimiento.  
El resto es aferrarse a la roca  
para salvarse de las mareas y de la luna.*

Así se consuela, aunque la lucidez de la edad madura le revuelva, de nuevo quejándose del olvido que espera, dolido, pero quien le lee seguro que de estos versos pronunciará su queja, pues honda huella dejan en su «Dejar de brillar»:

*No añoras las cometas volando  
que son la juventud,  
no echas de menos el vigor  
ni la gracia, ni la impunidad, ni la osadía.  
Solo tienes miedo  
a dejar de brillar  
en el ojo de la mujer deseada,  
en esa mirada amada  
que vale mil imperios.  
Prefieres morir a reconocer  
que te van a olvidar,  
que pasarás sin más  
como una nube de polvo en la playa.*

(...)

*lo ves en esos ojos turbios  
que por algún extraño motivo  
tienen los ancianos:  
el horror, el pavor, lo peor  
no es la muerte.  
Es el olvido.*

*Es el...*

Así hallamos, después de esta búsqueda de la inmortalidad también en la memoria ajena, como Horacio, como tantos antiguos decían, soltando «Verdades como puños»:

*La duda, el anhelo,  
los miedos, las miserias  
y en eso la vida  
que nos mira y va pasando.*

A veces, parece un filósofo que arroja, madurados en su seno, los aforismos al aire donde las musas habitan, así azota la «Necedad»:

*Necedad, fruto rojo  
del matojo de la ignorancia,  
que crece fuerte  
en la noche del hombre.*

Y todo ello mezclado con el asombro de un vivir que a veces le lleva a rincones donde pierde el sentido, por ello se pregunta: «¿Por qué hago estas cosas?»

*¿Por qué quiero escuchar  
el rumor del agua  
en la torrentera seca?*

*¿Por qué una y otra vez  
pido paso a la pared?  
E insisto.*

*(...)*

*Será que si todo es absurdo  
da igual no ser nada  
o ser Dios.*

*Será que hoy pensé en ti  
y no en el aire  
que respiro.*

*Será que siempre elijo  
hacer del desatino  
mi destino.*

Y el abismo, siempre a un lado, como en «Soy la muerte, soy la vida», donde acusa al vivir como hijo del pecado, tal vez Schopenhauer y otros pensadores del pesimismo le crearían:

*Soy la muerte.  
No vengo a segar la vida  
sino a crear espacio  
para que surja nueva y poderosa.*

(...)

*Soy la vida.  
Broto de la muerte  
del polvo, el caos y el horror.  
Soy hija del pecado.*

*Soy la vida.  
No conozco límite ni orden,  
crezco sin cesar  
hasta devorar el mundo.*

Por eso puede dedicarse a tareas menos brillantes, «Elijiendo tonterías», y renace así su alegría por medio del amor a un cuerpo animado que pareciera ser su pareja:

*Si la vida es el relámpago  
entre el nacer y el morir  
yo escojo el aire fresco  
de la mañana soleada  
que es tu cuerpo deseado,  
para llenar con él mis pulmones  
y dibujar con tus palabras mi mirada.*

*Elijo ser la marea lunar  
y nacer y morir cada día  
en el recuerdo de tu playa,  
hundir mi espuma en tu arena,  
agua que vuelve a la tierra.*

Algo de testamento tiene todo esto, basta haber leído los anteriores versos pero más todavía en estos que leemos en «Mi última voluntad», con gran belleza de enamorado, de alegre filósofo que se despierta, casi tierno, ante los últimos instantes de la existencia:

*Cuando muera,  
que me deshojen en polvo gris  
y me mezclen con la tierra  
de una maceta de su ventana.*

*Que en mí,  
planten claveles y girasoles  
para así vivir tras la muerte  
y renacer en cada abril.*

*Ese será mi paraíso:  
asomarme al cuarto de mi amada*

*para que cada día  
su despertar sea mi aurora.*

«El poeta» es otro poema claramente autobiográfico, aunque todo el libro es una intensa autobiografía, donde se sobrevuela con versos de internas fotografías, de las tripas del alma, y, antes de recibir un ataque, ya él mismo se flagela, aunque se rebelle, y hace bien, pues la última estrofa todo lo desvela:

*Echo a volar mis poemas  
guiñando al cielo  
por este regalo  
que orgulloso brindo al mundo.*

*Y el crítico dirá  
que mis versos son  
pedradas de canela  
de un loco sin talento.*

*Da igual, ¿acaso no lo ve?:  
en cada pájaro  
que lanzo al viento  
late invencible mi corazón.*

Poesía sencilla, como el título de «Erizo hace un bizcocho» designa, pero llena de profundidad, como océano de sentimientos, incluso con referencias esotéricas a elementos de ocultas tradiciones antiguas y mistericas:

*La infancia,  
ese limbo infinito,  
ese todo es posible,  
cuando los padres son los dioses*

*y sus piernas las columnas  
del templo de Salomón.*

«Pensamiento común: *soy Dios*» recupera temas como el de quien cambia de ideas, de principios que abandonar no debiera, entre engaños que nos cubren como grandiosas quimeras:

*digo blanco  
y pienso en negro  
y escondo mi ignorancia entre grises.*

*De la viga maestra  
de mis principios  
cuelgan mis vergüenzas.*

*Solo me salva la certeza  
de que todos piensan como yo,  
cada uno reinando en su universo de papel.*

*Sí, nos creemos pequeños  
pero justos y buenos  
como la pluma del arcángel que vigila el Edén.*

«Sueño de verano (a modo de haiku de noche)» es un gran poema, por corto que parezca, recitando la vida imaginada sobre los seres reales:

*Sueño de verano:  
viniste y me robaste un beso.  
Desperté y volvía a soñarte.*

Lo mismo leemos en «El sentido de la vida (un haikú eterno)», como un mantra, pero incorporada la esencia de la vida, el amor:

*Vivir para amar.  
Soñar para vivir.*

Y «De derrota en derrota», parece que no nos fijamos en las victorias, aunque este es un poema de crítica social o crítica política, poesía comprometida, como hace unas décadas decían. Se trata de un canto épico cuyo axioma es: solo quien cae puede elevarse.

*¡Oh, raza de los poderosos!  
Cien mil años  
ganando toda batalla.*

*Habéis coronado el éxito,  
triunfó vuestra razón,  
cumplisteis todo deseo.*

*Pero nada más.*

*Somos los hombres,  
el resto,  
los hijos del barro,  
los que hemos conseguido algo de verdad.*

*Porque solo el que cae  
se puede elevar luego hacia el cielo.  
Porque en el fracaso*

*aprendemos y crecemos.  
Porque solo al perder conocemos  
el valor del perdón,  
nos prendemos de humildad,  
vemos por fin*

*(...)*

*Y así avanza la humanidad:  
de derrota en derrota  
hasta la victoria final.  
¡Temblad, poderosos!*

«La mudanza», en cambio, es un poema de la experiencia cotidiana, en este caso de tipo traumático, aunque tal vez no sea para tanto, pero la vida hogareña sufre aventuras y tragedias como esta:

*No es una nueva casa,  
es rellenar formularios y pagar tasas,  
es dar la vuelta al calcetín  
de tu vida  
porque has pasado el ecuador.*

*Cuando una mudanza  
es un viaje a la Luna,  
cuando el pequeño ajetreo de lo cotidiano  
se lía a tu cuerpo como una hiedra,  
sabes bien que has madurado,  
porque ya no hay vuelta atrás.*

*(...)*

*vamos a comprar un sofá  
y será el trono y el retrete*

*de todos mis sueños  
que antaño lucían como estrellas.*

*La vida con la edad se hace  
cada vez más hogareña,  
pequeñita,  
sencilla.*

«Josué», en cambio, es un poema, como hay varios, dedicado a un amigo que en este caso es además un gran músico y compositor, Josué Bonnín de Góngora, un motivo para creer en que la vida tiene sentido, que mereció la pena haber venido a transitar las veredas de este globo que nos cobija para escuchar tales melodías entre otras armonías; es una poesía sobre el arte y el artista:

*Teje acordes delicados  
que son lágrimas  
del sueño del Hombre  
por insistir en querer ser  
lo eterno que respira.*

(...)

*y mirando esas galaxias  
te hace olvidar el dolor.*

(...)

*y logra dar vida al color  
y en cada compás te da un hijo  
que te coge de la mano  
para pasearte por el aire en busca de Dios.*

«¿Tan tarde es ya?» es otro poema de este autor escéptico y desilusionado pero que, al plasmar sus inquietudes, nos lo entrega unido a esa serenidad a la que alude:

*Tibia y callada  
parece  
que baja a mi alma  
la serenidad.*

(...)

*acabo optando por la duda,  
que al fin y al cabo  
es el único amigo  
que me sigue siendo fiel,  
pese a no saber nada.*

Sin embargo, si el escepticismo, el desaliento, el desencanto corroen las jornadas de nuestro autor, vuelve pese a todo la ilusión en cuanto trata con los niños, tal vez sus propios hijos, reviviendo la esperanza a través de sus ojos, tal y como leemos en «Sin adiós»

*el poder creador  
de los dedos de un niño.*

*Se matan por querer vivir más  
y no podemos soportar  
esa verdad.*

*Nos quedamos mirando sus fotos  
pensando  
podría ser yo,  
debería ser yo.*

Pero cierto pesimismo o melancolía poética nunca deja el recorrido de estos versos, como cuando convierte una imagen del ocaso en propia decadencia, pero de un modo tan bello... Así sucede en «Primero el fulgor. Ahora, acabando, pronto el final.»

*Ahora:  
según el sol se derrota  
tras la colina, a mis pies  
veo alargarse mi sombra.*

«Así es la espera», en esa lenta y sentida decadencia de la existencia, pero ya mirando hacia el cielo, hacia lo alto, consolándose con la poesía, con la esperanza en una dimensión otra:

*Rezando confundido en algunas esquinas.  
El alma varada en un meandro.*

*(...)*

*Poesía para pasar de largo.*

*¿Cuándo vendrán los días buenos?  
¿Llegarán alguna vez  
las promesas de esplendor?*

Pese al escepticismo y a la autoflagelación del autor, nosotros creemos que ya llegó al menos parte de ese esplendor, pues estos versos lo son, lo quiera o no. De ahí que, como con Jesús de Nazaret, y en esto coincidía Nietzsche, haya llegado desde la madurez a una nueva infancia, renaciendo. De ahí que leamos títulos como «Tres hurras por los niños»,

renegando de cierta vida adulta que es negada, perseguida, vigilada, entre fieras, y no solo en los negocios; así es «No supo, no pudo, no cupo»:

*Un mundo  
de paredes acolchadas  
y sin ventanas,  
de vida vigilada  
y dieta blanda.*

(...)

*Él, todo corazón,  
que hizo de las nubes sus pulmones,  
que cada mañana  
abría su cuello  
cantando al amor  
mientras se ataba la corbata.*

*No acabó bien,  
apenas comenzó,  
que en este universo  
de hielo y fuego  
la vida está mal vista  
y en este rebaño sólo los lobos  
saben, pueden y caben.*

Esa constante que también vemos en «Vida vivida», se recupera cuando vuelve a ser niño sabio entre los niños, despreocupado, como es su penúltimo poema, o tal vez el último, antes del epitafio de este supuesto sepulcro literario

—pero hay resurrección—. La hermosura de la infancia, el futuro, donde vuelve a emerger la alegría y el orgullo sano, el que tendrán sus sucesores, los niños cuando sean mayores y lean a su padre, a su abuelo, a su tatarabuelo... El sueño de nuevo reestablece la armonía perdida de una a veces sórdida realidad. Como en «Tan pequeño, tan tierno, tan débil»:

*Como cada mañana  
mi hijo pequeño viene a nuestra cama  
a dormir entre los dos,  
ecuador en el mundo de los sueños.*

(...)

*Cuando la vida se atasca,  
zozobramos, nos hundimos  
y todo es confusión y furia,  
él es el puerto seguro.*

(...)

*Mi hijo pequeño duerme entre los dos  
y yo me maravillo  
y le miro absorto  
soñando que me sueña.*

El epitafio de este libro no es menos tierno, a la vez que duro, pues esperamos tarde ocurra tal fin, que muchos versos todavía quedan por hacer. Por ello señala el poeta, desnudo, tal y como se ha desnudado con estas letras:

*En perfecta soledad,  
con las manos vacías:*

*como vine me fui,  
sin apenas rastro.*

*Ahora en vuestros corazones  
anida mi alma,  
desnuda y ligera  
como un gorrión.*

Pero, contradiciendo al poeta, entre quienes le amen, y no solo su familia, al menos quedarán estos versos, si no alcanzan mayores progresos pues merecer cierta fama pudieran debido a su profunda sinceridad, a su hondura sana, a su sencillez exquisita.

Disfrute ahora pues, sin comentarios ni intermediarios, el lector de estos versos poemas de sabiduría, existencialistas, sencillos de leer, pero preñados de misterios humanos que en nuestra mente reverberan, sin alharacas, ajeno a las modas literarias, pues habla desde lo más hondo de su desnudo corazón y por ello conectan con todos los corazones, los de cualquier tiempo, haciendo sus huellas un trazado sobre lo imperecedero. Tal vez todos seamos perdedores que releándonos a través de estos poemas podamos ganarnos de nuevo.



#### NOTA DEL AUTOR

Poemas ordenados cronológicamente  
y respetando la redacción original.  
48 años de un desorden sucesivo.



# LAS PRIMERAS LUCES

*Versos de juventud,  
olvidados,  
que vuelven  
fuertes y sonoros  
para susurrarme quién soy.*

(1970-2016)



## (MI PRIMERA MELANCOLÍA)

Ha dejado de llover,  
ya no gotea,  
ahora solo está mojada  
la acera.

*1976, cumplidos 6 años de edad, tal vez 5*

## SI YO PUDIERA, PUDIERA

Si yo pudiera, pudiera  
llegar a ese cielo tan alto  
todo cubierto de estrellas.

Si yo pudiera, pudiera  
te cogería un lucero  
el más hermoso que hubiera.

Si yo pudiera, pudiera  
te traería una flor  
cada día en primavera.

Si yo pudiera, pudiera  
cruzaría los mares  
con un barquito de vela.

Si yo pudiera, pudiera.

*1982, 11 años ya*